

Bv4247
M65
v.

Es propiedad del Autor y Editor.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

135913

SERMON

SOBRE EL VICIO DE LA LUJURIA ⁽¹⁾.

¿Nescitis quia templum Dei estis, et Spiritus Dei habitat in vobis? Si quis autem templum Dei violaverit disperdet illum Deus. Templum enim Dei sanctum est, quod estis vos.

¿No sabeis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno violare el templo de Dios, Dios le destruirá, porque el templo de Dios que sois vosotros es santo.

I ad Cor. cap. III, v. 16 y 17.

Si todo tiempo, M. A. O., es á propósito para que el cristiano que ha tenido la desgracia de separarse de Dios por el pecado, entre dentro de sí mismo, reconozca su error y vuelva al camino de la rectitud, reconciliándose por medio de una saludable penitencia, con el Redentor que dió amorosamente su vida por nuestro rescate, ninguno es mas aceptable que el santo tiempo de Cuaresma. En estos dias de salud, la Iglesia nuestra Madre, que trata de prepararnos por

(1) Este y los siguientes sermones morales, podrán aplicarlos los señores oradores á las ferias de Cuaresma que mas les convengan, teniendo presente la importancia de las materias que en ellos se tratan, y las necesidades de los pueblos donde prediquen.

medio del ayuno y de la mortificación, á la celebración del fúnebre aniversario de la pasión y muerte del Hijo de Dios, que vertió su preciosa sangre para borrar con ella la escritura de la maldición del mundo, quiere que sus predicadores toquen la trompeta de la divina palabra, para despertar del letargo de la culpa ó de la indiferencia á aquellos de sus hijos, que olvidados por completo de su último fin, están espuestos á hacer infructuosa para ellos la preciosa sangre vertida en el Gólgota. Al modo, pues, que el Señor decía un día á uno de sus profetas: «Sonad la trompeta en Sion, dad alaridos en mi santo nombre para que se estremezcan todos los moradores de la tierra (1),» así la Iglesia clama á sus ministros para que nos esforcemos cuanto nos sea posible, por conseguir la conversión de los protervos.

Secundando, pues, los deseos de nuestra bondadosa Madre, y ganoso de vuestra instrucción y espiritual aprovechamiento, vengo hoy á combatir uno de los vicios que por desgracia se hallan mas arraigados en la generalidad, y que es sin duda de los mas detestables á los ojos del Señor, porque es el que mas se opone á la santidad cristiana. Hablo de la lujuria, materia que trataremos con la prudencia y el decoro debido á la sagrada Cátedra de la religión, y á los inocentes que forman parte del auditorio que me escucha. Bien quisiera, M. A. O., poderme excusar de tratar este punto y de hablar ageno á los oídos de los castos. Pero ¿cómo dejar de hablar de un vicio condenado por uno de los mandamientos de la ley de Dios? ¿Cómo callar, cuando estamos viendo los estragos y

(1) Joel. cap. II, v. 1,

males que cada día acarrea tan horroroso vicio? El apóstol San Pablo, conociendo los deberes que le imponía su ministerio, habla de este vicio, y se esfuerza en hacer conocer su fealdad y los castigos á que se hace acreedor el profanador de su cuerpo. Son admirables sus palabras, las cuales me han servido para formar sobre ellas mi discurso. Atendedlas, y haceos cargo del sentido del santo Apóstol. Los Corintios eran aun carnales, y el Apóstol se propone abrir sus ojos á la clara luz de la fé y al conocimiento de la verdad, y entre las reflexiones que les dirige, son dignas de la mayor atención las siguientes, que nos demuestran la pureza de vida y la santidad de costumbres que deben reinar entre los cristianos. ¿Sabeis, les dice, que sois templos de Dios, y que el espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno violare el templo de Dios, Dios le destruirá, porque el templo de Dios, que sois vosotros, santo es.

¡Qué razón tan admirable nos dá el Apóstol! Considerad que la bondad infinita de nuestro Dios, quiso formarnos á su imagen y semejanza, y que esta imagen fué borrada en nosotros por el pecado. Jesucristo que nos redimió, se une á nosotros y se aposenta en nuestros corazones, cuando le recibimos en la Sagrada Eucaristía. Luego es indudable que somos tabernáculos de Dios. ¿Y no seremos criminales y dignos de terribles castigos, si profanamos estos tabernáculos de la divinidad? Para evitar el que caigais en tan horrendo pecado, voy á haceros comprender que *el vicio de la lujuria ó impureza, es el mas detestable á los ojos de Dios.*

Purificad, Señor, mis labios con un carbon encendido, como en otro tiempo lo hicisteis con el Profeta:

concededme el talento de la palabra, á fin de que todas las que han de proferir mis lábios, cedan en gloria vuestra y en utilidad de mis oyentes. Os lo suplico por la intercesion de la Reina de la pureza María Santísima, á la cual saludamos con la mayor reverencia. *Ave María.*

PARTE ÚNICA.

No sois vuestros, decia el Apostol á los de Corintio, pues que no sois mas que conservadores de vuestros cuerpos, porque ya sois de Jesucristo (1). No me preguntéis con qué derecho es Jesucristo vuestro dueño, pues que instruidos como estais en la fé, no podeis ignorarlo. Por la creacion es evidente que éramos del Hacedor, pero por el pecado dejamos de ser hijos de Dios y pasamos á ser esclavos del demonio: no podia vivir el hombre en mayor desgracia; no podia arrastrar una vida mas infeliz. Pero afortunadamente concluyó nuestra esclavitud, y hemos sido rescatados. Ahora bien, ¿á quién debemos tanta felicidad? ¿Quién asi nos ha redimido? ¿Qué precio ha tenido nuestro rescate? Lo sabeis, mis hermanos: Jesucristo es quien nos ha comprado con el precio de su preciosísima sangre, pasion y muerte. ¿Quién, pues, podrá disputarle el derecho que tiene sobre nosotros? Nadie seguramente, y sin embargo cual si fuesen los hombres dueños de sí y no estuviesen sujetos al dominio de Dios, disponen de sí y profanan con las mayores obscenidades sus cuerpos destinados por Dios para que sean sus templos.

(1). I. ad Cor. cap. VI, v. 19.

Esta profanacion por el detestable vicio de la lujuria es como hemos dicho el pecado mas abominable á los ojos de Dios. Si en los dias de Noé envió un espantoso diluvio sobre la tierra, fué porque toda carne habia corrompido sus caminos, porque los hombres se habian entregado á este abominable vicio. Si el fuego del cielo consumió cinco ciudades, dejándolas reducidas á ceniza, no hubo otra causa sino el haberse sus habitantes entregado á cuanto tiene la lujuria de mas agravante y criminal.

Si el pecado no se hubiera introducido en el mundo; si nuestros primeros padres se hubieran conservado en el estado feliz en que fueran criados, no seriamos molestados por el ímpetu de las pasiones. La propension de la naturaleza á la reproduccion de nuestra especie fué infundida por Dios que quiso que el hombre se multiplicase: pero un solo camino dejó espedito para ello, y fuera de él todo es criminal y aborrecible á sus ojos. ¿Y por qué corre precipitado el hombre en alas de este vicio, como si no fuera una cosa terminantemente prohibida? ¿Por qué así miran esta pasion como pecado leve y de ninguna consecuencia? ¿Por qué no reparan muchos en atropellar hasta por crímenes con tal de saciar sus apetitos desordenados? No es otra la causa sino porque falta la fé, ó porque se tiene una fé muerta que no pueda servir para la santificacion: porque á la verdad, si el hombre creyera y creyera firmemente que el vicio que venimos combatiendo es en alto grado aborrecible á los divinos ojos, si creyera en las palabras del mismo Jesucristo que nos dice, que nada manchado é impuro entrará en la Jerusalem de lo alto, ¿cómo es posible que prefiriera goces momentáneos á delicias eternas? ¿Cómo habia

de querer vivir en perpétua enemistad con su Dios? Confieso, mis hermanos, que no concibo este modo de obrar.

Abramos los libros de la Escritura santa, y en ellos hallaremos mil pruebas que nos harán conocer como provoca la ira de Dios, el lascivo. En el Deuteronomio (1) léense varias leyes respectivas al asunto que nos ocupa. Manda Dios que á la mujer que haya sido impura antes de su matrimonio, descubierto que sea, muera apedreada: que los adúlteros, por el delito de infidelidad fuesen muertos, y que si un hombre abusase de una vírgen, quedaba en la obligacion de casarse con ella, sin poderla repudiar en todos los dias de su vida. En el sagrado libro de los Proverbios, dánosen los mas saludables consejos para precavernos de caer en las redes que artificiosamente nos tiendan las hermosuras del mundo, desviándonos de todo aquello que puede hacernos caer. ¡Qué admirables y llenas de sabiduría son las palabras del Señor! ¿Por ventura, nos dice, puede el hombre esconder el fuego en su seno, de manera que sus vestidos no ardan, ó andar sobre las ascuas, de suerte que no se le abrasen las plantas (2). Ved aquí como el Señor nos exhorta con razones de gran peso, no solo á evitar el acto, sino la ocasion, no fiándonos de nuestras propias fuerzas que son demasiado débiles. Por esta misma razon califica de malvado y advierte que perderá su alma á aquel que tiene reuniones con mujeres licenciosas por oficio (3). Ultimamente prohibia el Señor en la ley antigua, como nos es prohibido en la nuestra, el solo

(1) Deuter. cap. XXII.

(2) Proverb. cap. VI, v. 27 y 28.

(3) Eccli. cap. XIX, v. 3.

deseo de la mujer del prójimo (1). Y esto en tal grado, que el mismo Jesucristo nos dice por San Mateo, que todo el que pusiere sus ojos en una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio con ella en su corazon (2).

Sobre todo, mis hermanos, yo fijo mi atencion en las palabras del apóstol San Pablo, que sirvieron de testo al presente discurso, y ellas me hacen conocer, que si el Señor prohibia con terribles penas y castigaba de un modo espantoso la lujuria en la ley antigua, debe ser aun mas terrible en este punto con los cristianos, puesto que somos templos de Dios. Yo conozco que tenemos en nosotros mismos el fuego de tan terrible vicio; que el demonio, por lo mismo que esta passion puede perdernos, trabaja con asiduidad porque caigamos, y que el mundo con sus falsos atractivos, nos escita á ello: pero tampoco dejo de conocer que si los cristianos se dejan arrastrar de sus groseras pasiones, es porque se olvidan de su dignidad y de que son miembros del cuerpo místico de Jesucristo.

Cuantos sean, mis hermanos, los males que acarrea el terrible y vergonzoso vicio de la lascivia, yo no podré esponerlos en el tiempo de que puedo disponer. ¿Veis ese hombre que antes era útil á la sociedad, que entregado al estudio hacia grandes adelantos, y á quien hoy veis abandonado, empobrecido y con su entendimiento perturbado, de suerte que parece otro hombre que el que antes era? Pues buscad el origen de esta mudanza, la causa de tantos males, y encontrareis, que cegado por una passion amorosa se entregó

(1) Exod. cap. XX, v. 17.

(2) Omnis qui viderit mulieren ad concupiscendum eam, jam moechatus est eam in corde suo. Math. cap. V, v. 28.